

ESCENA IX.

La escena representa un paisaje solitario del campo de batalla. A lo lejos se divisan las torres de Reims, iluminadas por el sol.

UN CABALLERO, todo armado de negro, y con la visera baja. JUANA lo sigue por la parte anterior del teatro, en donde él se detiene, y la espera.

JUANA.—¡Pérfido! Ahora comprendo tu astucia. Con tu huida engañosa me has atraído lejos del campo de batalla, librando á muchos ingleses de su perdición y de su muerte. Pero la tuya, sin embargo, está próxima.

EL CABALLERO NEGRO.—¿Por qué me persigues así tan temeramente? Mi destino no es morir á tus manos.

JUANA.—Odioso hasta el extremo eres para mí, como el color de la noche, que llevas. Deseo irresistible de privarte de la luz del día siento en mi interior. ¿Quién eres? Levanta tu visera... Si yo no hubiese visto caer en la batalla al valiente Talbot, diría que tú lo eres.

EL CABALLERO NEGRO.—¿Está muda en tí la voz del espíritu profético?

JUANA.—Me dice, en lo más hondo del pecho, que mi desdicha ha de ser obra tuya.

EL CABALLERO NEGRO.—¡Juana de Arco! Has llegado hasta las puertas de Reims en alas de la victoria. Bástete la gloria ganada. Deja libre á la fortuna, que te ha servido como esclava, antes que te abandone colérica, porque detesta la fidelidad, y nunca es constante hasta el fin.

JUANA.—¿Te atreves á decir que me detenga en medio de mi carrera, y renuncie á mi obra? La terminaré, y cumpliré mi voto.

EL CABALLERO NEGRO.—Nada puede resistirte, por la fuerza, y vences siempre en las batallas... Pero no pelees más. ¡Sigue mi consejo!

JUANA.—Mis manos no soltarán su espada hasta que sucumba la orgullosa Inglaterra.

EL CABALLERO NEGRO.—¡Mira allí! Vé á Reims con sus torres, objeto y fin de tu empresa... Ves brillar la cúpula de su elevada catedral, y en ella entrarás en triunfo, para coronar á tu Rey y llenar tu misión... Pero no entres, vuélvete. ¡Obedéceme!

JUANA.—¿Quién eres tú, sér falso y de lengua astuta, que intentas asustarme y confundirme? ¿Cómo te atreves á pronunciar ante mí un oráculo falaz y traidor? (El Caballero negro hace ademán de retirarse, pero ella lo detiene.) ¡No, ó me contestas, ó te mato! (Quiere pelear con él.)

EL CABALLERO NEGRO. (La toca con su mano, y ella se queda inmóvil.)—¡Mata á lo que es mortal! (Las tinieblas lo invaden todo; relámpagos y truenos; el Caballero desaparece.)

JUANA. (Al principio sorprendida, y reanimándose en seguida.)—No era un sér vivo... sino imagen engañosa del infierno, un espíritu rebelde, escapado del fuego eterno para perturbar mi corazón. ¿A qué temeré yo con la espada de Dios? Acabaré triunfante mi carrera, y aunque el mismo Averno me ataque, ni se debilitará mi valor, ni vacilaré. (Hace ademán de irse.)

ESCENA X.

JUANA y LIONEL.

LIONEL.—¡Mujer maldita, apréstate á la pelea!... Uno de los dos ha de quedar aquí muerto. Has hecho sucumbir á mis más valerosos conciudadanos, y el noble Talbot ha es-

pirado en mis brazos... O vengo á ese bravo, ó comparto su suerte. Y para que sepas quién te disputa tu gloria, muera ó triunfe..., yo soy Lionel, el último de los capitanes de nuestro ejército, pero cuyo brazo no ha sido vencido. (La ataca, y á poco ella hace saltar su espada.) ¡Infame suerte! (Lucha con ella.)

JUANA. (Que coge por detrás su yelmo, y se lo arranca con violencia, dejando su rostro al descubierto. Al mismo tiempo levanta su espada con la mano derecha.)—¡Sufre el castigo que buscas! La Santa Virgen te inmola por mi mano! (Míralo en este momento, se conmueve, queda inmóvil, y deja caer el brazo lentamente.)

LIONEL.—¿Por qué dudas, y no me matas? ¡Arráncame la vida; llévate esa gloria; estoy á tu merced, y no quiero perdón! (Ella le hace señal con la mano de que se aleje.) ¡Huir yo; ¡Deberte la vida?... ¡Antes morir!

JUANA. (Volviendo el rostro.)—¡Sálvate! No quiero saber que tu vida depende de mi voluntad.

LIONEL.—Te detesto, y á tu generosidad... No quiero que me perdones... Mata á tu enemigo, que te aborrece, y que quisiera matarte.

JUANA.—¡Mátame... y huye!

LIONEL.—¡Ah! ¿Qué es esto?

JUANA. (Ocultándose el rostro.)—¡Ay de mí!

LIONEL. (Acercándose á ella.)—Tú matas, según dicen, á todos los ingleses, á quienes vences peleando... ¿Por qué me perdonas á mí solo?

JUANA. (Que levanta la espada con un movimiento rápido; pero la deja caer al mirarlo.)—¡Virgen Santa!

LIONEL.—¿Por qué invocas á la Santa Virgen? No se cuida de tí, ni el cielo tampoco.

JUANA. (Con la mayor angustia.)—¿Qué he hecho? ¡He quebrantado mi voto? (Se retuerce desesperada las manos.)

LIONEL. (Contemplándola con interés, y aproximándose.)—¡Doncella desventurada! Yo te compadezco. Tú me conmueves;

has sido generosa sólo conmigo. Conozco que mi odio se desvanece, y que me inspiras interés... ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

JUANA.—¡Véte! ¡Huye!

LIONEL.—Tu juventud y tu belleza me afligen. Tu mirada me llega hasta el corazón. De buen grado te salvara... Dime cómo lograrlo. ¡Ven, ven! Renuncia á ese deber horrible... ¡Arroja lejos de tí esas armas!

JUANA.—Soy indigna de llevarlas.

LIONEL.—Abandónalas pronto y sígueme.

JUANA.—(Con horror.)—¡Seguirte yo!

LIONEL.—Puedes salvarte. ¡Sígueme! Quiero salvarte, pero no vaciles... Siento por tí lástima indecible y deseo vehemente de servirte. (Coge su brazo.)

JUANA.—¡El Bastardo se acerca! ¡Ellos son! ¡Me buscan! Si te encuentran...

LIONEL.—¡Yo te protejo!

JUANA.—Moriré, si caes en sus manos.

LIONEL.—¿Me amas?

JUANA.—¡Santos del cielo!

LIONEL.—¿Te volveré á ver? ¿Sabré de tí?

JUANA.—¡Nunca! ¡Jamás!

LIONEL.—¿Que esta espada responda de que he de verte otra vez! (Le arrebata su espada.)

JUANA.—¡Insensato! ¿Cómo te atreves...?

LIONEL.—Cedo ahora á la fuerza; pero te veré después. (Vase.)

ESCENA XI.

JUANA, DUNOIS y LA-HIRE.

LA-HIRE.—¡Vive! ¡Aquí está!

DUNOIS.—¡Nada temas, Juana! Tus amigos más poderosos están á tu lado.

LA-HIRE.—¿No es Lionel el que huye?

DUNOIS.—¡Déjalo huir! Juana, la buena causa triunfa. Reims abre sus puertas, y todo el pueblo, aclamándolo, sale al encuentro del Rey.

LA-HIRE.—¿Qué ha sucedido á la Doncella? Palidece y vacila. (Juana aparece próxima á desmayarse.)

DUNOIS.—Está herida... ¡quítala la coraza!... Es en el brazo, y parece ligera la herida.

LA-HIRE.—¡La sangre corre!

JUANA.—¡Dejadla correr con mi vida! (Cae desmayada en los brazos de La-Hire.)

ACTO IV.

Salón suntuoso y adornado.
Las columnas están rodeadas de guirnaldas. Oyense detrás de la escena flautas y clarinetes.

ESCENA PRIMERA.

JUANA.

JUANA.—Descansan las armas, y no se oye ya el estrépito de la guerra; á las batallas sangrientas suceden el canto y el baile. En todas las calles suenan músicas alegres, y los altares y las iglesias se ostentan engalanados. Verdes ramas adornan las puertas, y guirnaldas cercan á las columnas. La gran ciudad de Reims apenas puede hospedar á tantos curiosos como llegan para asistir á las fiestas populares.

Igual y exaltada alegría inunda todos los corazones, y una misma idea flota en todos los entendimientos, y quienes ha poco se odiaban mortalmente, comparten ahora la dicha general. Quien sea francés, estará hoy más orgulloso de serlo, porque se renueva el brillo de la antigua corona, y porque Francia rinde homenaje al hijo de sus Reyes. Yo, sin embargo, que he llevado á cabo esta empresa,